

Larochejacquelein; sereno, prudente, de un valor frío, pero indomable, reunía á estas cualidades un extraordinario amor á la justicia. Enrique, su primo, se distinguía por su heroica bravura, á veces arrebatada, y tenía un carácter tan ardiente como generoso. Mr. de Lescure se puso entonces á la cabeza de sus campesinos, que se reunieron muy pronto, concentrándose después en Bressuire para marchar contra Thouars. Las mujeres de todos los jefes distribuían escarapelas y banderas; exaltábanse todos con sus cánticos, y la marcha pareció una cruzada. Aquel ejército no llevaba consigo bagajes; los sublevados, que no querían estar mucho tiempo ausentes, tomaban sólo el pan preciso para los días que durase la expedición, y en los casos extraordinarios, advertidas las parroquias, preparaban víveres para los que carecían de ellos. Este ejército se componía de treinta mil hombres, y se le llamó grande ejército real y católico: daba frente á Angers, Saumur, Doué, Thouars y Parthenay; entre él y el Marais, donde mandaba Charrette, había varias partidas intermedias de insurgentes; la principal de ellas, á las órdenes de Mr. de Royrand, podía ascender á diez ó doce mil hombres.

Las numerosas fuerzas mandadas por MM. de Bonchamps, Elbée, Larochejacquelein, Cathelineau y Stofflet, llegaron á la vista de Thouars el día 3 de mayo, y preparáronse al ataque desde la mañana del 4, siendo preciso atravesar el Thoué, que rodea aquella ciudad

casi por todas partes. El general Quetineau mandó defender los pasos; los vendeanos cañearon durante algún tiempo con la artillería que habían cogido, comenzando después el tiroteo en la orilla con su acostumbrada destreza. Mr. de Lescure, queriendo entonces forzar el paso, avanza en medio de las balas, que han agujereado ya su traje, sin que se atreva á seguirle sino un campesino; pero Larochejacquelein llega presuroso con los suyos, se cruza el puente, y los republicanos son rechazados hasta la plaza. Era preciso practicar una brecha; pero como se carecía de los útiles necesarios, Enrique de Larochejacquelein se encarama en los muros de sus soldados, y comienza á escalar el muro.

Mr. Elbée ataca entretanto vigorosamente, y no pudiendo ya resistir más el general Quetineau, consiente en rendirse para evitar desgracias en la ciudad. Merced á sus jefes, los vendeanos se condujeron con moderación sin cometer exceso alguno contra los habitantes, limitándose á quemar el árbol de la libertad y los papeles de las administraciones. El generoso Lescure dispensó á Quetineau las mismas consideraciones de que había sido objeto durante su detención en Bressuire, é invitó á permanecer en el ejército vendeano, para substraerle á las severidades del gobierno, que no teniendo en cuenta la imposibilidad de la resistencia, le castigaría por haberse rendido. El general rehusó generosamente y quiso volver con los republicanos para pedir que le juzgasen.

CAPITULO IX

Formación de un ejército parisiense de doce mil hombres. — Empréstito forzoso. — Nuevas medidas revolucionarias contra los sospechosos. — Efervescencia creciente de los jacobinos á consecuencia de los disturbios de los departamentos. — Custine es nombrado general en jefe del ejército del Norte. — Acusaciones y amenazas de los jacobinos. — Lucha violenta entre ambos lados de la Convención. — Se forma una comisión de doce individuos para examinar los actos del Ayuntamiento. — Asamblea revolucionaria en el corregimiento. — Proposiciones y complots contra la mayoría de la Convención y contra la vida de los diputados girondinos; iguales proyectos en el club de los franciscanos. — La Convención adopta medidas para su seguridad. — Arresto de Hebert, sustituto del síndico del Ayuntamiento. — Peticiones imperiosas de este último. — Tumulto y escenas de desorden en todas las secciones. — Principales acontecimientos en los días 28, 29 y 30 de mayo de 1793. — Ultima lucha de los montañeses contra los girondinos. — Jornadas del 31 de mayo y 2 de junio. — Detalles y circunstancias de la insurrección llamada del 31 de mayo. — Prisión de veintinueve representantes girondinos. — Carácter y resultados políticos de esta jornada. — Ojeada sobre la marcha de la revolución. — Juicio sobre los girondinos.

Las noticias de los desastres de la Vendée, concurrendo con las llegadas del Norte, que anunciaban los reveses de Dampierre, con las procedentes del Mediodía, por las cuales se aseguraba que los españoles amenazaban los Pirineos, y con todos los datos recibidos de diversas provincias, donde se manifestaban las disposiciones menos favorables, produjeron la mayor efervescencia. Varios departamentos inmediatos á la Vendée, al tener conocimiento del triunfo de los insurgentes, se creyeron autorizados para enviar tropas para combatirlos: el departamento del Herault proporcionó seis millones y seis mil hombres, y envió después un manifiesto al pueblo de París, para invitarle á que hiciese otro tanto. La Convención, estimulando aquel entusiasmo, aprobó la conducta del departamento del Herault, autorizando con esto á todos los ayuntamientos de Francia para ejercer actos de soberanía, reuniendo hombres y dinero.

El Ayuntamiento de París no se quedó atrás: pretendía que al pueblo parisiense era á quien tocaba salvar á Francia, y apresuróse á dar pruebas de su celo y hacer uso de su autoridad, organizando un ejército. Decretó, pues, que en vista de haber aprobado solemnemente la Convención la conducta del departamento del Herault, se organizaría en el recinto de París un ejército de doce mil hombres para marchar contra la Vendée. Siguiendo el ejemplo de la Convención, el Ayuntamiento eligió en el consejo general varios comisarios para acompañar á estas fuerzas. Los doce mil hombres debían ser elegidos en las compañías de las secciones armadas, tomándose catorce individuos de los ciento veintiséis de que constaba cada una de aquéllas. Según la costumbre revolucionaria, conferíase á cada comité de sección una especie de autoridad dictatorial para designar los hombres cuya marcha ofrecía menos inconvenientes. «En su consecuencia, decía el acuerdo del Ayuntamiento, todos los empleados solteros de las oficinas de París, excepto los jefes y oficiales, los pasantes de notarios y abogados, los dependientes de banqueros y de comerciantes, los mancebos de tiendas y escribientes, etc., podrán ser requeridos con arreglo á la siguiente proporción: de dos, uno; de tres, dos; de cuatro, dos; de cinco, tres; de seis, tres; de siete, cuatro; de ocho, cuatro; y así sucesivamente.

Los empleados de las oficinas á quienes correspondiese marchar, conservarán su destino y la tercera parte del sueldo y ninguno podrá negarse al requerimiento. Los ciudadanos que deban prestar el servicio manifestarán al comité de su sección lo que necesitan para su equipo, y se les facilitará inmediatamente, debiendo reunirse acto continuo á fin de nombrar los oficiales y ponerse á sus órdenes.»

Pero no consistía todo en levantar un ejército y organizarle tan violentamente; era preciso atender á los gastos de su mantenimiento, y para esto se acordó dirigirse á los ricos. Decíase que éstos no querían hacer nada para la defensa del país y de la revolución; que vivían en una feliz ociosidad, dejando al pueblo el cuidado de verter su sangre por la patria; y que era preciso obligarles á contribuir, por lo menos con sus riquezas, á la salvación común. Para esto se imaginó un empréstito forzoso, que debían llenar los ciudadanos de París en proporción á sus rentas. Desde la de mil francos hasta la de cincuenta mil, satisfacerían una suma proporcional que podrían variar desde treinta francos á veinte mil; todos aquellos cuya renta excediese de cincuenta mil se reservarían treinta mil, cediendo todo lo demás. Los muebles y bienes de los que no satisficiesen tan patriótica contribución quedarían embargados para venderse según los requiriesen los comités revolucionarios, considerándose á los dueños como sospechosos.

Semejantes medidas, que alcanzaban á todas las clases, aplicándose á unas personas para obligarlas á empuñar las armas, y á las otras para contribuir con sus fortunas, debían encontrar forzosamente una enérgica resistencia en las secciones, pues ya hemos visto que estaban divididas y que eran más ó menos tumultuosas según la proporción en que figuraba el pueblo bajo. En algunas, y particularmente en las de los Trescientos, de los Gravilliers y de la Alhóndiga, declaróse que no se marcharía mientras hubiese en París confederados y tropas asalariadas, las cuales servían, según dijeron, de *guardias de corps* de la Convención. Estas secciones se oponían por espíritu de jacobinismo; pero otras muchas se resistieron por una causa contraria. La multitud de pasantes, empleados y mancebos de tienda se pre-

sentó en las secciones mostrando una fuerte oposición á los decretos del Ayuntamiento; y á ellos se agregaron los antiguos servidores de la aristocracia emigrada, que contribuían mucho á las agitaciones de París. Reunidos todos en las calles y en las plazas públicas, comenzaron á gritar: *¡Fuera los jacobinos! ¡Abajo la Montaña!* Aquella vez tropezó el sistema revolucionario en París con los mismos obstáculos que en las provincias.

Levantóse entonces un grito general contra la aristocracia de las secciones. Marat dijo que los señores lonjistas, procuradores y empleados, conspiraban con los individuos de la derecha y con los ricos para combatir la revolución; que era preciso arrestarlos á todos como sospechosos, y reducirlos á la clase de descamisados, *sin dejarles con qué cubrirse las posaderas.*

Chaumette, síndico del Ayuntamiento, pronunció un largo discurso en el que deploró las desdichas de la patria, debidas, según él, á la perfidia de los gobernantes, al egoísmo de los ricos, á la ignorancia del pueblo, y á la fatiga y disgusto que producía á muchos ciudadanos la causa pública. Propuso, pues, y consiguió que se acordase, pedir á la Convención medios de instrucción pública, medios de vencer el egoísmo de los ricos para atender al socorro de los pobres; que se formara una Asamblea compuesta de los presidentes de los comités revolucionarios de las secciones y de los diputados de todos los cuerpos administrativos; que esta Asamblea se reuniese todos los domingos y jueves en el Ayuntamiento para atender á los riesgos de la causa pública; y que se invitara por último á todos los buenos ciudadanos á presentarse en las asambleas de sección para que prevaleciese su patriotismo.

Dantón, siempre dispuesto á encontrar recursos en los momentos difíciles, imaginó organizar dos ejércitos de descamisados, uno de los cuales marcharía á la Vendée, mientras el otro permanecería en París para contener á la aristocracia; propuso que se pagase á los dos por cuenta de los ricos; y á fin de asegurar la mayoría en las secciones, aconsejó que se pagara á los ciudadanos á quienes se siguiese perjuicio por asistir á las sesiones. Robespierre, utilizando las ideas de Dantón, las desarrolló en los jacobinos, proponiendo además que se formaran nuevas clases de sospechosos, no limitándolas á los ex nobles, clérigos y hacendados, sino comprendiendo á todos los ciudadanos que hubiesen dado alguna prueba de incivismo; encerrarlos hasta que se celebrase la paz; acelerar más aún la acción del tribunal revolucionario, y contrarrestar con nuevos medios de comunicación la influencia de los malos periódicos. Con todos estos recursos, según dijo, se podía, sin medio ilegal ni violación de las leyes, resistir á la derecha y á sus maquinaciones.

Convergían, pues, todas las ideas hacia un mismo fin, el de armar al pueblo, tener una parte de él dentro y otra fuera; equiparle á costa de los ricos, y aun hacer que á expensas de éstos asistiese á las asambleas deliberantes; encarcelar á todos los enemigos de la revolución bajo el nombre de *sospechosos*, nombre mucho más generalizado que lo había sido hasta entonces; establecer entre el Ayuntamiento y las secciones un medio de correspondencia, y crear al efecto una nueva junta revolucionaria que apelase á más eficaces medios de salvación, es decir, á los motines. La junta del palacio

episcopal, disuelta hacía algún tiempo y renovada á la sazón, á propuesta de Chaumette, con un carácter mucho más terrorista, tenía evidentemente el mencionado objeto.

Desde el 8 hasta el 10 de mayo no dejaron de circular noticias alarmantes: Dampierre fué muerto en el ejército del Norte, y en el interior continuaban sublevándose las provincias. Toda la Normandía parecía inclinarse á la unión con la Bretaña, y los insurrectos de la Vendée habían avanzado desde Thouars á Lottún y Montreuil, tomando estos dos pueblos, y llegando así hasta las orillas del Loira. Los ingleses, decían, acababan de desembarcar en las costas de Bretaña, y se les iban á unir para penetrar en el corazón de la república. Varios ciudadanos de Burdeos, indignados por las acusaciones formuladas contra sus diputados, tomaron la actitud más amenazadora para desarmar á una sección á que se retiraron los jacobinos. En Marsella eran las secciones las que estaban en completa insurrección por los excesos cometidos bajo el pretexto de desarmar á los sospechosos; reuniéronse, pues, y depusieron al Ayuntamiento, transmitiendo sus poderes á una junta, denominada *Junta Central de las secciones*, y creando un tribunal popular para averiguar quiénes eran los autores de los asesinatos y saqueos. Después de haber hecho esto en su demarcación, habían enviado diputados á las secciones de la ciudad de Aix, procurando que imitase el ejemplo todo el departamento; y por otra parte, sin respetar á los mismos comisionados de la Convención, habíanse apoderado de sus papeles intimándoles que se retirasen. En Lyon no era menor el desorden, pues como se ordenase á los cuerpos administrativos, en unión de los jacobinos y á imitación de París, proceder á una leva de seis millones y seis mil hombres, y queriéndose además desarmar á los sospechosos, creando un tribunal revolucionario, las secciones se alborotaron y estaban á punto de llegar á las manos con el Ayuntamiento. Así, pues, mientras los enemigos progresaban en el Norte, la insurrección, partiendo de la Bretaña y de la Vendée y sostenida por los ingleses, podía invadir la Francia por Burdeos, Ruán, Nantes, Marsella y Lyon. Estas noticias llegaron una tras otra en el espacio de dos ó tres días, del 12 al 15 de mayo, é infundieron los más tristes presentimientos en los ánimos de montañeses y jacobinos; mas á pesar de todo, repetíanse con más tenacidad las proposiciones hechas. Queríase que todos los mozos de café y de fonda, y todos los criados, marchasen inmediatamente; que hicieran lo propio las sociedades populares en corporación; que los comisionados de la Asamblea pasaran al punto á las secciones para decidir las á facilitar sus respectivos contingentes; que salieran treinta mil hombres en posta en los carruajes de lujo; que los ricos contribuyeran sin demora con la décima parte de su fortuna; que los sospechosos quedaran presos y en rehenes; que se examinase la conducta de los ministros; que se encargara el comité de salvación pública de redactar una instrucción para los ciudadanos de opiniones extraviadas; que se suspendieran todos los negocios civiles y la actividad de los tribunales; que se cerraran los teatros; y, en fin, que las campanas tocasen á rebato y se disparase el cañón de alarma.

Para infundir alguna tranquilidad en medio de tan general desasosiego, Dantón hace dos advertencias: primera, que el temor de sacar de París á los buenos ciudadanos necesarios para su seguridad, no debe entorpecer el alistamiento, porque siempre quedarán en París ciento cincuenta mil hombres dispuestos á defenderse y á exterminar á los aristócratas que osaren levantarse; y segunda, que el trastorno de las guerras civiles, lejos de ser un motivo de esperanza, debe serlo por el contrario de terror para los enemigos exteriores. «Montesquieu, dice, lo ha manifestado ya al hablar de los romanos: un pueblo que tiene todos sus brazos armados y en movimiento, agueridos todos sus hombres, exaltados todos sus ánimos, y dominadas sus pasiones por el furor de combatir, un pueblo semejante nada tiene que temer del valor mercenario de los soldados extranjeros. El partido más débil de quien la guerra civil se apodera, sería siempre sobrado fuerte para destruir á unos autómatas que no pueden suplir la animación y el entusiasmo con la disciplina.»

Acto continuo se ordena que pasen á las secciones noventa y seis comisionados para obtener los contingentes, y que continúe un mes más en el desempeño de sus funciones el comité de salvación pública. Nómbrase á Custine general del ejército del Norte, y del Rhin á Houchard; y se distribuyen las tropas en las fronteras. Chambón presenta un proyecto de empréstito forzoso de mil millones, que pagarán los ricos con hipoteca de los bienes de los emigrados. «Es un medio, dice, de obligar á los ricos á que tomen parte en la revolución, reduciéndoles á que adquieran una porción de los bienes nacionales, si quieren cobrar su crédito con la misma prenda.»

El Ayuntamiento, por su parte, resuelve que se forme en París un segundo ejército de descamisados para contener á la aristocracia, mientras se dirigía el primero contra los rebeldes; que se prenda á todos los sospechosos, y que la junta central de las secciones, compuesta de las autoridades administrativas, de los presidentes de las secciones y de los enemigos de las juntas revolucionarias, se reúnan cuanto antes para hacer la repartición del empréstito forzoso, formar la lista de los sospechosos, etc.

La agitación llegó á su colmo. Por una parte decían que estaban de acuerdo los aristócratas de fuera y los de dentro; que los conspiradores de Marsella, la Vendée y Normandía tenían también pacto entre sí; que los individuos del lado derecho eran los que dirigían esta inmensa sublevación, siendo el tumulto de las secciones el resultado de sus intrigas en París; por otra, se achacaban á la Montaña todos los excesos cometidos en los demás puntos, atribuyéndole el proyecto de sublevar á la Francia y de asesinar á veintidós diputados. Por ambos lados se buscaba cómo salir del peligro y qué debía hacerse para salvar á la república. Los individuos de la derecha se alentaban mutuamente, aconsejándose un acto de energía, y varias secciones, como las del Mallo, la Butte-des-Moulins y otras muchas les apoyaban fuertemente, negándose á enviar comisionados á la asamblea central, formada en el corregimiento. Negábanse también á subscribir al empréstito forzoso, diciendo que ellas sostendrían sus voluntarios, y se oponían á nuevas listas de sospechosos, porque decían que su junta revo-

lucionaria bastaba para conservar el orden en su jurisdicción. Los montañeses, por el contrario, gritaban *¡traición!*, haeiendo coro con ellos los jacobinos, los franciscanos y los individuos del Ayuntamiento, y repetían por todas partes que era preciso acabar de una vez, reunirse, entenderse y librar á la república de las tramas de los veintidós. En los franciscanos se decía sin rebozo que era preciso cogerlos y degollarlos; en una junta donde se reunían mujeres furiosas, se proponía aprovechar el primer alboroto que hubiese en la Convención y asesinarlos: estas furibundas llevaban puñales, hacían mucho ruido en las tribunas, y decían que ellas mismas salvarían á la república. Se hablaba mucho de la multitud de estos puñales, pues un armero del arrabal de San Antonio había él sólo fabricado muchos cientos. Por todas partes se marchaba con armas y todos los medios de ataque y de defensa; porque aunque no existía ningún plan concertado, las pasiones habían llegado á aquel punto de delirio en que basta la menor cosa para producir una explosión. En los jacobinos se proponían toda clase de medios, manifestando que ya que la acusación del Ayuntamiento contra los veintidós no les había hecho dejar de asistir á la Asamblea, era necesario que el pueblo usase de su fuerza; que los ciudadanos destinados á la Vendée no debían salir hasta que hubiesen salvado á la patria; que el pueblo podía salvarla, pero había que indicarle los medios, y para ello era necesario nombrar una junta de cinco individuos, á quienes la sociedad permitiría no le manifestasen sus decretos. Otros respondían que todo podía decirse en la sociedad; que era inútil ocultar nada y si tiempo de obrar á las claras.

Robespierre, que consideraba muy imprudentes estas declaraciones, se oponía á tales medios por ilegales, preguntando si se habían apurado ya todos los que él había propuesto, que eran más útiles y seguros. «¿Habéis organizado, les decía, nuestro ejército revolucionario? ¿Habéis hecho lo necesario para pagar á los descamisados, llamados á las armas ó que acuden á las secciones? ¿Habéis encarcelado á los sospechosos? ¿Habéis cubierto vuestras plazas públicas de fraguas y de talleres? ¿Ninguna de estas medidas naturales y prudentes, que no comprometen á los patriotas, habéis empleado, y sufrís que unos hombres, que ignoran de todo punto los negocios públicos, os propongan recursos que son la causa de cuantas calumnias se propalan contra vosotros! Hasta haber apurado todos los medios legales no debe recurrirse á los violentos, y aun entonces no deben proponerse en una sociedad que debe ser más cuerda y más política. Sé, añadía Robespierre, que me van á acusar de moderado; pero ya me conocen lo bastante para que yo pueda temer semejantes imputaciones.»

Entonces, como antes del 10 de agosto, se conocía la necesidad de tomar un partido, pero se vagaba de proyecto en proyecto, y se hablaba de un sitio de reunión para lograr concertarse. Habíase formado la junta del corregimiento, mas en ella no estaba presente el departamento, pues sólo había asistido uno de sus individuos, el jacobino Dufourny, faltando también muchas secciones y el corregidor, por lo cual se dejó el tratar del objeto de la reunión para el domingo 19 de mayo. Á pesar del asunto bastante circunscrito, al parecer, á que el acuerdo del Ayuntamiento destinaba esta junta, se había dicho en ella lo que en todas partes se decía, que

era necesario otro 10 de agosto; pero todo terminaba en exageraciones y en arrebatos de club, pues había mujeres entre los hombres y esta tumultuosa reunión ofrecía el mismo desorden de ideas y lenguaje que ofrecían todos los sitios públicos.

Los días 15, 16 y 17 de mayo transcurren en completa agitación, y cualquier pretexto es bueno para protestar y alborotarse en la Asamblea. Los bordeleses remiten una exposición en que anuncian que van á sublevarse en defensa de sus diputados, declarando que parte de ellos se dirigirán contra la Vendée para exterminar á los rebeldes, mientras los restantes se encaminarán á París para hacer lo mismo con los anarquistas que osen poner sus manos en los representantes de la nación. Una carta de Marsella dice que las secciones de aquella ciudad persisten en su resistencia, y una petición de Lyon solicita auxilios para mantener á mil quinientos presos, encerrados por sospechosos y amenazados con el tribunal revolucionario por Chalier y los jacobinos, petición que promueve un espantoso tumulto, pareciendo que va á llegarse á las manos en la Asamblea y en las tribunas. Sin embargo, reanimado el lado derecho por el peligro, comunica á la Llanura su denuedo, y se decreta, por una gran mayoría, que la petición de los bordeleses es un modelo de patriotismo; se suprime todo tribunal revolucionario formado por autoridades locales, y se autoriza á los ciudadanos para que rechacen la fuerza con la fuerza caso de ser llevados á ellos: resoluciones que exaltan á un tiempo la indignación de la Montaña y el valor de la derecha. El día 18 era ya extremado el furor, pues la Montaña, privada de una multitud de sus individuos enviados en comisión á los departamentos y ejércitos, grita que la tiranizan. Guadet pide al punto la palabra para aplicar un caso histórico á las actuales circunstancias, y parece que profetiza de un modo terrible el destino de los partidos. «Cuando en Inglaterra, dice, una mayoría generosa quiso resistir los embates de una furiosa minoría, ésta gritó que la tiranizaban, y logró tiranizar con este grito á la misma mayoría. Llamó así á los patriotas *por excelencia*, que de este modo se denominaba una turba frenética á quien prometían saqueos y repartición de las tierras. Este continuo llamamiento de patriotas *por excelencia* contra la opresión de la mayoría, produjo el atentado conocido con el nombre de *expurgo del Parlamento*, atentado cuyo autor y director fué Pride, que de carnicero había ascendido á coronel. Echaron del Parlamento á ciento cincuenta individuos, y la minoría, compuesta de cincuenta á sesenta, quedó dueña del Estado.

»¿Qué sucedió entonces? Que aquellos patriotas por excelencia, instrumentos de Cromwell, á quienes éste hizo cometer infinidad de locuras, fueron también arrojados á su vez, sirviendo de pretexto al usurpador sus propios crímenes.» Entonces Guadet, señalando al carnicero Legendre, á Dantón, á Lacroix y á todos los demás diputados acusados de inmoralidad y dilapidaciones, añade: «Cromwell entró un día en el Parlamento, y dirigiéndose á aquellos individuos que, según ellos, eran los únicos que podían salvar á la patria, les fué echando de allí, diciendo al uno, tú eres un ladrón; al otro, tú un borracho; al inmediato, tú has llenado tu bolsillo con los caudales públicos; al de más allá, tú eres un libertino y un jugador. ¡Fuera todos de aquí, y dejad vues-

tros puestos á los hombres de bien! Ellos los dejaron y los ocupó Cromwell.»

Esta alusión profunda y terrible afectó mucho á la Asamblea, que permaneció muda. Guadet prosigue en tanto, y propone, para evitar este *expurgo pridiano*, varias providencias de policía que se adoptan entre murmullos; pero mientras vuelve á su asiento, ocurre en las tribunas una escena escandalosa. Una mujer quiere coger á un hombre para echarle fuera, y la ayudan por todas partes, de modo que el desdichado, aunque resiste con todas sus fuerzas, está próximo á sucumbir al gentío de las tribunas; la guardia se esfuerza en vano en restablecer la tranquilidad, y Marat exclama que aquel hombre es un aristócrata... La Asamblea se enfurece contra Marat al ver que aumenta el riesgo de aquel infeliz, expuesto á ser asesinado; pero él responde que no estará tranquilo hasta que se vea libre de los aristócratas, de los cómplices de Dumouriez y de los *hombres de Estado*..., que así llamaba á los individuos de la derecha por su alta reputación de talento.

El presidente Isnard se descubre en seguida, y pide se le permita hacer una declaración importante. Se le oye con el mayor silencio, y con acento del más profundo dolor, exclama: «Me han descubierto un plan de la Inglaterra que debo comunicar. El objeto de Pitt es armar á una parte del pueblo contra otra, incitándola á la sublevación. Esta sublevación deben empezarla las mujeres, dirigiéndose contra varios diputados, á quienes se asesinará, disolviendo la Convención Nacional y aprovechando este momento para hacer un desembarco en nuestras costas. He aquí, dice Isnard, la declaración que debía hacer á mi patria.»

La mayoría aplaude al presidente, y se manda que se imprima su declaración, decretando además que no se separén los diputados, y que coñan todos juntos el peligro. En seguida se explica el alboroto de las tribunas, y se dice que las mujeres que las perturban pertenecen á una sociedad llamada de *la Fraternidad*; que vienen á ocupar el salón, á echar á los forasteros y á los confederados de las provincias, entorpeciendo las deliberaciones con sus silbidos. Se trata entonces de las sociedades populares, y al momento empiezan los murmullos. Marat, que no ha cesado de andar por las galerías, y de pasar de un banco del salón á otro, hablando siempre de los *hombres de Estado*, señala á uno de los del lado derecho, y le dice: *Tú eres uno; pero el pueblo hará justicia contigo y con los demás*. Guadet se dirige entonces á la tribuna para arrancar, en medio de este peligro, una resolución animosa; recuerda las turbulencias de que es teatro París, las expresiones vertidas en las juntas populares, los pavorosos discursos pronunciados en los jacobinos, y los planes manifestados en la asamblea unida al corregimiento; añade que el desorden que se ve no tiene otro objeto que el de provocar una escena de confusión, en medio de la cual se efectúen los convenidos asesinatos, y el orador, aunque interrumpido á cada momento, logra, no obstante, hacerse oír hasta el fin, y propone dos resoluciones de una energía heroica, pero imposible.

«El mal, dice, procede de las autoridades anárquicas de París; por consiguiente, propongo que se supriman, reemplazándolas con los presidentes de las secciones. »No gozando ya de libertad la Convención, es preciso

reunir otra asamblea en otra parte, y decretar que se reúnan en Bourges todos los suplentes, hallándose prontos para constituirse en Convención á la primera señal que se les haga ó al primer aviso que reciban de la disolución de la Convención.»

Estas proposiciones promueven en la Asamblea un espantoso desorden, y todos los individuos del lado derecho se levantan gritando que aquel era el único medio de salvación, y dando muestras de agradecimiento al audaz genio de Guadet que ha sabido descubrirlo. Los del lado izquierdo se levantan también, y, amenazando á sus contrarios, exclaman que ya se ha descubierto la conspiración, que los conjurados han rasgado el velo y confesado sus proyectos contra la unidad de la república. Dantón quiere lanzarse á la tribuna, pero le contienen y dejan que la ocupe Barrere en nombre del comité de salvación pública.

Barrere, con su seductora astucia y su acento conciliador, dice que, si le hubieran dejado hablar, ha ya muchos días que hubiera descubierto bastantes hechos sobre el estado de la Francia. Menciona entonces el proyecto que por todas partes circula de disolver la Convención; que el presidente de su sección ha oído de boca del síndico Chaumette expresiones que revelaban este intento; que en el palacio episcopal y en otra junta del corregimiento se ha tratado de lo mismo, y que para lograr este objeto se ha intentado armar un motín, valerse de mujeres que lo comenzasen y cortar veintidós cabezas á favor del tumulto. Barrere añade que los ministros de Negocios extranjeros y del Interior, deben tener noticias sobre el particular, y que convendría oírles. Pasando en seguida á las resoluciones propuestas, añade que es de la misma opinión que Guadet respecto á las autoridades de París, porque ve en él un departamento débil, unas secciones erigidas en soberanas, un Ayuntamiento inclinado á todos los extravíos por su síndico Chaumette, que había sido fraile, y que era sospechoso como todos los ex clérigos y nobles; pero juzga que el disolver estas autoridades causaría una conmoción anárquica. Que en cuanto á la reunión de los suplentes en Bourges, cree que con ella ni se salvaría ni podría reemplazarse á la Convención. Según él, hay un medio de atajar todos los males positivos que amenazan, sin dar con grandes inconvenientes: el de nombrar una comisión compuesta de doce individuos que se encargase de comprobar las actas del Ayuntamiento en el último mes; de averiguar las tramas urdidas en el interior de la república y los proyectos contra la representación nacional; de adquirir de todas las juntas, ministros y autoridades las noticias que necesitare, quedando finalmente autorizada para valerse de todos los medios indispensables á fin de asegurarse de las personas de los conspiradores.

La mayoría se da por dichosa, pasado el primer ímpetu de entusiasmo, en adoptar el conciliador proyecto de Barrere. Nada más común que el nombramiento de comisiones: á cada paso, á cada peligro y necesidad se creaba una encargada de remediarlo; y así que se habían nombrado sujetos para efectuar una cosa, creía la Asamblea que se llevaría á cabo, y que los comisionados suplirían á su falta de valor, ilustración ó fuerza. La presente no debía carecer de energía, hallándose compuestas de diputados casi todos pertenecientes á la derecha:

Boyer Fonfrede, Rabaut Saint-Etienne, Keruelegán y Enrique Lariviere, girondinos todos; pero la misma energía de esta comisión iba á costarle caro, porque establecida para resguardar á la Convención de los intentos jacobinos, iba á excitarlos más aumentando el peligro que estaba destinada á disipar. Los jacobinos habían amenazado á los girondinos con sus gritos cotidianos; éstos volvían la amenaza creando una comisión, y á esta medida iban, finalmente, á responder los jacobinos con un golpe fatal: con el 31 de mayo y el 2 de junio. No bien se creó esta comisión, cuando las sociedades populares y secciones prorrumpieron en quejas, como intentos de costumbre, contra la investigación y la ley marcial. La junta del corregimiento, convocada para el domingo 19, se reunió, en efecto, y fué más concurrida que en las sesiones precedentes; sin embargo, no asistió el corregidor y presidió en su lugar un administrador de policía, y faltaban algunas secciones, pues solo treinta y cinco habían enviado sus comisionados: esta reunión se llamaba *junta central revolucionaria*. El primer acuerdo de esta junta fué no escribir nada, no llevar ningún registro ni dejar marcharse á nadie hasta que se concluyese la sesión. En seguida trataron de fijar los puntos que debían discutirse. El objeto verdadero y anunciado era el empréstito y la lista de los sospechosos; pero á las primeras palabras empezaron á decir que los patriotas de la Convención eran incapaces para salvar la causa pública, que era forzoso suplir esta impotencia, y que para conseguirlo se debía averiguar quiénes eran los sospechosos en las administraciones, en las secciones y en la Convención misma, y apoderarse de ellos para que no pudieran perjudicar. Un individuo, que hablaba fría y pausadamente, dijo que no conocía más sospechosos que en la Convención, y que allí era dónde debía buscárseles; en consecuencia, propuso un medio sencillo: coger á veintidós diputados, trasladarlos á una casa de los arrabales, degollarlos y fingir cartas para hacer creer que habían emigrado. «No digo yo que nosotros mismos vayamos á hacer esto, añade, pero en dando dinero no faltará quien lo ejecute.» Otro dice que este medio es impracticable, y que más valdría esperar á que Marat y Robespierre hayan propuesto en los jacobinos el modo de hacer la asonada, que sería mucho mejor. «Silencio, gritan una porción de voces, no debe nombrarse á nadie.» Un tercer individuo, diputado de la sección de 92, opina que no es justo asesinar, pues tribunales hay que juzguen á los enemigos de la revolución; pero esta observación promueve entre los concurrentes un gran alboroto, pronunciándose todos contra las máximas del que acaba de hablar, y dicen que no hay que sufrir al que no esté á la altura de las circunstancias, debiendo cada uno denunciar al que tenga al lado si sospecha que no es hombre decidido. Inmediatamente echan de la reunión al que ha querido hablar de leyes y de tribunales, y lo mismo hacen con otro individuo de la sección de la Fraternidad, bastante enemistada con los jacobinos, á quien vieron al mismo tiempo tomando notas. Continúase tratando con el mismo tono de la proscripción de los diputados, del sitio que se ha de elegir para esta *septembrada* y para la prisión de los demás sospechosos, bien fuesen del Ayuntamiento ó ya de las secciones. Uno quiere que la ejecución se haga aquella misma noche, y respondiéndole